

na el toque de somaten y Enrique IV se aleja rápidamente de París.

Pero Farnesio comprendía que la ciudad no estaría libre mientras estuviera hambrienta; gastó cien mil escudos de oro en su abastecimiento (1), de acuerdo con Sebastian Zamet, uno de los advenedizos afectos á Catalina de Médicis, y esperó facilitar la navegacion atacando á Corbeil. Corbeil hizo más resistencia que Lagny: la guarnicion y la mayoría de los habitantes murieron en la brecha. Exasperados los españoles, empujaron á los prisioneros al puente, donde los despojaron, precipitándolos luego abajo riéndose de ello muy satisfechos (2). Los ligueros no fueron más respetados que los realistas: «á duras penas se pudo salvar á la hermana de M. de Aron, maestre de campo de la Liga; era cosa horrible la violacion de mujeres que hicieron los españoles» (3).

Pero los parisienses no agradecieron á Farnesio sus esfuerzos para abastecerlos, reprochándole el desprecio con que miraba á los jefes de la comuna; sentíanse humillados de verlo posponer sus ídolos, sus políticos al del Franco Condado Richardot, presidente de Artois, al italiano Cosme Massi y al francés Villeroi (4); dejaba que se hablara de tregua, de reunion de los estados, lo que no convenia á Mendoza (5), ni ménos al «corazon de los parisienses que muy luego comenzaron á cansarse de la dominacion española, de tal manera que viendo Farnesio la insolencia de este pueblo, que no se podia dominar ni retener por fuerza, se decidió á volverse» (6). Ni aún intentó atacar á Melun, partiendo repentinamente hácia el norte.

A esta noticia, los caballeros de Enrique IV se agruparon al rededor de su tienda: Givry, Marivaut, Parabere y Harambure solicitaron perseguir á los españoles. El día siguiente recobraron á Corbeil escalándolo en una noche, y despues corrieron á picar la retaguardia de Farnesio. El caudillo de los españoles marchaba en buen orden, hacia gran resistencia, pero dejaba diariamente algun destacamento extrañado ó bagaje perdido. Fué una retirada correcta; pero si Farnesio pudo preciarse de haber trocado en bloqueo el sitio de París,

(1) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 88, Tassis al rey.

(2) Aubigné, t. III, p. 242.

(3) Palma Cayet, p. 248.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 143, Mendoza al rey, del 4 no- viembre 1590.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 88.

(6) Chiverny, *Memorias*, 508.

Enrique IV pudo á su vez gloriarse de «haber escoltado con fuerzas amenazadoras el ejército de Farnesio» que dejaba mucho bagaje á discrecion de los campesinos (7).

III.—La Compañía de Jesus

La casualidad que apostó algunos jesuitas en los muros de París, precisamente en el punto mismo en que se colgaron las escalas del ejército real, no contribuyó poco á desfigurar el papel de la Compañía de Jesus en la Liga. La naturaleza de su influencia en los siglos siguientes, contribuyó más aún á extraviar la opinion: la lucha solapada y maligna de la Compañía de Jesus contra los principios que los antiguos católicos, los parlamentos y las asambleas del clero llamaban derechos de la Iglesia galicana, ha hecho creer que los Padres eran igualmente enemigos de la dinastía nacional. Esta idea está tan generalizada que se deben apreciar exactamente los servicios que pudieron prestar en Francia á Felipe II.

El error es debido hasta cierto punto á los mismos jesuitas, como quiera que dejaron creer que habian sido ellos los más importantes del partido católico, durante nuestras guerras religiosas, y no fueron nunca indiferentes al provecho que pudo haber en pasar por los dueños de la opinion. Todo, hasta su intervencion en el escalamiento del arrabal de San Marcelo, se ha exagerado por ellos: los buenos de los Padres, como todos los hombres de vida pacífica, gustaban de ponderar su valor militar; pero sin duda hubieron de producir más efecto con sus gritos que con sus alabardas.

Ello es lo cierto que eran casi tan odiados de los españoles como de los franceses: en Francia tenian, sobre todo, por enemigos á todos aquellos á quienes perjudicaban como competidores en la enseñanza de la juventud, esto es, á las órdenes religiosas que hallaban en los colegios sus medios de subsistencia. En España, país pobre, tenian por adversarios á todos los religiosos que sacaban su escasa pitanza de la caridad pública. «No pueden ni quieren faltar en tierra gorda,» decia el pueblo; y tambien: «Por sus industrias buscan lo mejor y más gordo de la tierra» (8). Fuera de la gente oficial, nadie les agradecia su actitud tan audazmente española en Portugal; y en cuanto á sus artificios para hacer asequible la anexion de

(7) Palma Cayet.

(8) Viaje del arquero Cock en 1585.

Inglaterra, llegaron á resultados tan desastrosos que se vió comprometida la influencia de la órden. No bien hubieron vuelto á la Coruña los últimos barcos de la armada, cuando Felipe II obtuvo del Papa un breve para que se examinaran de nuevo las doctrinas de la Compañía. «Vino á Madrid, llamado del Rey, Don Gerónimo Manrique, que fué inquisidor en la armada de la Liga en el año 1571, para hacer la visita de la Compañía de Jesus como consultor del Consejo Supremo de la Inquisicion, por Breve de Su Santidad que para ello trujo S. M. Tomáronle ásperamente los Padres teniendo la poca reputacion de asistir á esta consulta de los de la Inquisicion y haciendo extraordinarias diligencias para estorvarlo con el Rey por muchos medios» (1).

Pero apenas hubieron conjurado este peligro, cuando surgieron otros por diferentes puntos: las tres órdenes, de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco, se coligaban en todo el mundo contra la Compañía de Jesus.—Estamos unidos, decian los religiosos de América, del Japon y de Filipinas (2). Cuando reprendemos á los recién bautizados que sigan reverenciando á sus mayores muertos en el paganismo y por consiguiente condenados para siempre, nos contestan ellos citando la autoridad de los Padres que los han bautizado: los Padres autorizan el culto de los mayores, estos recién bautizados lo afirman, y no es una calumnia, porque nosotros mismos hemos visto á los Padres de la Compañía tratar á los ministros de la religion del país (3). Con esto, cuando hay persecucion, se dirige contra nosotros, no contra los Padres (4). En la China, dejan los Padres estudiar los escritos de Kon-Chu (5): nosotros hallamos apenas idea de Jesus entre los que ellos han bautizado «por parecerles Dios crucificado y muerto bocado duro para principiantes.»

(1) Cabrera, t. III, p. 316. Véase sobre la larga persecucion de la Compañía de Jesus por la Inquisicion, *Historia de Felipe II*, t. I, pág. 203 y sig. Los jesuitas españoles se desquitaban hábilmente de esta vergüenza, invadiendo en el reinado siguiente la Inquisicion de España y haciéndose nombrar con frecuencia calificadores suyos. Por ejemplo, el P. Estéban Fenoll, rector del colegio de Barcelona, fué calificador en 1649. Véase cuanto se calumnia á la órden de Santo Domingo, cuando se la identifica con la Inquisicion española. Se pueden citar igualmente como inquisidores á los jesuitas Castro Palao, Tamburini, Maryn, Pereyra y sobre todo al P. Nitard. (*Revista británica*, enero 1875).

(2) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 21. «Nuestros religiosos y los de San Francisco que, como queda dicho, vivian juntos.»

(3) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 21. «Con los Padres de la Compañía, ministros antiguos de aquel reino.»

(4) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 23. «Recargar la culpa de todas las persecuciones del Japon á los Padres.» En 1590. Véase tambien el fol. 38.

(5) *Ibid.* fol. 24. «Hallo muy poca noticia (de Jesus) entre los pocos fieles que hallo.»

—Es falso, contestaban los jesuitas: nosotros mostramos la cruz. Por lo demás, «no son idolatrías las honras que los cristianos chinos hacen á sus mayores difuntos ó á su maestro Kon-Chu, sino cortesías políticas é indiferentes.»

Deesta manera ningun lazo de reconocimiento ni de amor los ligaba en España: al contrario, su mision verdadera, que era fundar la omnipotencia de un Papa infalible en una Iglesia dócil, no podia ménos de ponerlos en oposicion con Felipe II: las pretensiones del príncipe á sojuzgar el clero y dominar la Santa Sede, habian de ser más peligrosas, si Francia se anexionaba á España. Ningun pontífice podia ya hacer frente al soberano temporal de la Europa Católica.

Puede añadirse que los intereses de los Padres no los atraian tampoco á la Liga: no estaban seducidos como los demás miembros del clero por el atractivo de pingües prebendas: en su desinterés debieron sentirse más bien indignados que envidiosos, cuando vieron hecho arzobispo de Aix á un fámulo como Genebrard, uno de los Diez y seis. Nada recibieron, ni prebendas ni dinero. En los vergonzosos legajos de los recibos coleccionados por Felipe II, sólo una vez se ve el nombre de un jesuita.

Era en 1584, época de las conspiraciones contra Isabel de Inglaterra. «El Padre Inocencio Picquet, de la Compañía de Jesus,» cobra doce mil escudos de oro enviados por el rey de España (6). No era á buen seguro para acciones lícitas: Felipe II no tenia tantos escudos de oro sobrantes que fuera á emplearlos tan generosamente fuera de España en otro objeto que un asesinato ó una guerra civil. No se trata, pues, de hacer el elogio del Padre Inocencio Picquet ni de las tentativas de asesinato tramadas por los jesuitas contra la reina Isabel; trátase únicamente de hacer luz sobre un hecho histórico. La verdad es que los jesuitas no fueron aliados de España en sus pretensiones sobre Francia, ni metieron tampoco la mano en la bolsa que se abria para los traidores: el único recibo que existe de uno de ellos pertenece á una época en que no existia la Liga y en que Felipe II no pensaba siquiera en la corona de Francia.

Más tarde no sólo no recibieron nada, sino que fueron despojados de sus rentas. Los jesuitas de París vinieron á tal estado de pobreza, que tuvieron que implorar la piedad de Felipe II, y encargaron al único de ellos que era de nacio-

(6) Ms. Arch. nac. K. 1573, pág. 38. Recibo del 12 de octubre de 1584.

nalidad española, Juan Bautista Gonzalez (1), para que hiciera presente su miseria.

—Veinte años hace que vivo en París, escribe á Felipe; los que ejercen el poder en nombre del rey de España han detentado nuestras rentas sobre la casa de la ciudad; no se nos pagan nuestras mensualidades de colegio ni se tienen en cuenta nuestros servicios. Nosotros, sin embargo, éramos los únicos que vigilábamos en los muros, cuando se intentó escalarlos, y los que salvamos á París. Fuera de esto, nunca hemos interrumpido nuestros sermones ni nuestra enseñanza.

Hé aquí los únicos servicios de que se jactan los jesuitas; en nombre de ellos, en un momento de desesperación, procura demostrar un español que son dignos de la caridad de Felipe, y no encuentra nada que alegar, sino aquella guardia en las murallas y sus sermones.

—Por esto, continúa Juan Bautista Gonzalez, se nos odia, se nos acusa de ser todos españoles, cuando yo soy el único español.

Así, pues, en medio de París son tratados casi como en las Azores, despojados de sus rentas por los ligeros y perseguidos como españoles por los realistas. Se les imputan todas las iniquidades. ¿Se da con un religioso de maneras pérdidas como el P. Mathieu? dice el *Correo de la Liga*; es un jesuita. Este P. Mathieu se llamaba en realidad Fray Mateo de Aguirre, de la orden de San Francisco, era natural de Vizcaya y cumplía con su deber de español, poniendo al servicio de Felipe II su prodigiosa actividad y sustalientos diplomáticos. Jesuita igualmente era, según la leyenda, el P. Bourgoing, descuartizado en Tours; y era dominico (2). El abogado Ameline no pertenecía tampoco á la Compañía, bien que se hubiera disfrazado de jesuita para reclutar en muchas ciudades partidarios para la Liga (3).

Indudablemente, después de la tentativa de asesinato de Barriere contra Enrique IV, serán expulsados los jesuitas; pero este decreto prueba principalmente su impopularidad. Los que mantenían vivos los furros populares y excitaban al asesinato, eran Montgaillard, llamado el Petit Feuillant, Feuardent, el Franciscano y los curas ambiciosos, que tenían siempre las manos llenas de doblones españoles.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 79.

(2) Ms. Bibl. nac. fond. Dupuy, vol. XV, fol. 5.

(3) Lestoile. Teníase en aquella época la manía de ver por todas partes la mano de los jesuitas. Cavriana, embajador de Toscana, escribía el 4 de agosto 1585. «I Gesuiti sono stati ministri a questa impresa (la liga)... il re ha avuto una gran pazienza a non cacciarli di Francia.»

Los principales jesuitas procuraban, al contrario, la reconciliación: ellos, casi solos, se atrevieron á declarar que sin incurrir en la pena de excomunión, se podían tener entrevistas con un príncipe hereje (4): de los cuatro teólogos que tienen el temerario valor de firmar esta invocación á la paz, tres son jesuitas, Bellarmino, Vixio y Tirio (5). Después, cuando sea necesario el último esfuerzo para hacer que la Iglesia acoja á Enrique IV, será también un jesuita, el cardenal Tolet, quien precipite la solución (6).

IV.—Los mendigos y los traidores

Los curas de París no eran los únicos que estaban á sueldo por Felipe II. Al lado de la Sorbona, que lo felicitaba por preferir la salvación de la Liga á los intereses de su dominación en los Países Bajos (7), diez y seis bribones que se denominaban consejeros de los diez y seis distritos de París, le enviaban por conducto de Fray Mateo de Aguirre una solemne exposición (8) en que decían: Podemos ciertamente asegurar á V. M., con los votos que todos los católicos hacen por ver á V. M. (*sic*) empuñar el cetro de este reino, como nos echamos de muy buena voluntad en sus brazos, como en los de nuestro padre.—Al mismo tiempo «los de la oficina de la casa de la ciudad» se prevalían, para enviar otra exposición semejante, «de la confianza que nos ha traído el P. Mathieu, religioso de la orden de San Francisco» (9).

En Orleans la cofradía del Cordon (10) no se permitía entrar en relaciones más que con Bernardino de Mendoza; pero Poitiers y Saint Malo enviaban delegados á España (11).

(4) *Bolet. soc. hist. de Paris*, t. VII, p. 232, publica esta consulta sobre la cuestión propuesta por el legado, á saber: «Si se puede tener entrevistas con un príncipe hereje para obtener mejores condiciones para los católicos, sin incurrir en las censuras de la bula del 5 de los idus de setiembre 1589.»

(5) Este último era el rector del colegio de París. El cuarto teólogo era Panicarola, franciscano, obispo de Asti.

(6) *Corresp. del cardenal de Ossat*. D' Ossat al rey, del 30 de agosto 1595, tom. I, pág. 569.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 81. «Quum tibi potior Ecclesie quam servandi principatus in finitimo nobis Belgio...»

(8) *Ibid.* K. 1579, p. 89, de setiembre 1591. Es la pieza original con las firmas autógrafas numeradas de 1 á 17 por el orden siguiente: 1, Debussy, capitán de la Bastilla; 2, Roland, tesorero de ahorros; 3, Genebrardt; 4, Martin, doctor en teología; 5, Boucher, doctor en teología; 6, Acarie, consejero y contador; 7, ?, coronel de la ciudad; 8, ?; 9, Crucé, capitán; 10, Hamilton, doctor en teología y párroco de San Cosme; 11, Launay; 12, Sanguin, canónigo de París; 13, ?; 14, el gran prior de Francia; 15, Joly-Meline, uno de los capitanes; 16, Delabriere; 17, Turquet, coronel. En los números 7, 8 y 13, leo probablemente por error Raunefaul, Douthuert y Du Pineant. La pieza está en perfecto estado. Acaso se añadieran los números por la cancillería española. En todo caso, sabido es que los Diez y seis eran á la sazón mucho más numerosos.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1579, p. 96, del 16 setiembre 1591.

(10) Palma Cayet.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1577.

Sin embargo, los gobernadores de provincia y de ciudad, son los más importunos en ofrecimientos de servicios y en exigencias de dinero. Ofrécense con cinismo, son por demás obsequiosos, compiten en ignominia, tienden perpétuamente la mano, extreman su gratitud por los menores agasajos. Hemos podido examinar los documentos que comprueban toda esta bajeza. El alma de Francia estaba sólo en el campo de Enrique IV.

Los períodos revolucionarios ponen de relieve ciertos caracteres; ven nacer los santos y los héroes; pero no son favorables á las costumbres públicas. El discernimiento entre el justo y el vicioso viene á ser raro. Viendo derrumbarse las instituciones, arruinarse las familias, improvisarse las fortunas, se llega á mirar el interés del momento como la más segura regla de moral y el espíritu de intriga como la mejor de las cualidades. Con el ejemplo de los hábiles se violentan las leyes de la conciencia. Así se ha podido decir con razón que había muy poco de religioso en toda esta empresa de la Liga (1).

Si el celo católico hubiera sostenido realmente á los ligeros, habrían salido de sus casas, como los caballeros de Condé en la primera guerra, como los de Enrique IV en esta última crisis, con la bolsa llena, habiendo vendido sus bienes al efecto. Los ligeros hicieron lo contrario. «Si no tocaban el dinero de España, no querían marchar; ni el mismo duque de Mayena y sus servidores.»

De esta manera bien podía Felipe II reparar el estado de sus provincias de Francia, expresivo de los nombres de los gobernadores franceses que lo abrumaban con notas sobre el celo de cada uno (2). Más aún; si como en el Poitou, el gobernador, vizconde de la Guerche, no parecía bastante español «por las sospechas que se tienen de él,» era sustituido por Brissac, el vencido de las Azores, que aumentaba su hacienda sirviendo á todos los partidos, y dirigía súplicas lastimosas á Felipe (3) sin conseguir que se le perdonara enteramente haber hecho armas contra España; estaba como vigilado en su Poitou por el conde de Dailon, que conservaba á Poitiers, pero que enviaba á su mujer á Madrid á pedir dinero, á echarse á los piés de la infanta Isabel para decirle, entre sollozos, que su esposo se había arruinado al

(1) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 346.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 90. Estado general remitido al rey.

(3) *Ibid.* K. 1573, pieza 100. La Guerche muere en este momento. (Fond. franc. 4019, fol. 51.)

servicio de España y no tenía más esperanza que su caridad (4).

Boisdauphin, gobernador de Anjou y del Maine, estaba más gordo que Mayena y no podía montar á caballo; sin embargo, no ménos había convencido de su importancia á Felipe II. Disculpábase de su temeridad en escribirle. «Ofuscado de su esplendor, decía (5), he vacilado en ofrecerme.» Con esto recibía un despacho de diez mil escudos de pensión; la misma asignación de diez mil escudos se concedía á La Chastre, gobernador de Berri y Orleans. «Mas que no se les consignen en ninguna parte, decía el rey á su corresponsal Maldonado (6), para que dé lugar de ver lo que hace el uno y el otro.»

La Normandía pertenecía nominalmente á uno de los hijos del duque de Guisa; pero se conservaba á devoción de Felipe II por Villars-Branca, que solicitaba su favor y su dinero (7). Este Villars se suponía descendiente de Scanderbeg y no era pariente del marqués de Villars-Savoie que ocupaba la Gascuña.

Este último era hijo del duque de Mayena. «Tengo necesidad, escribía (8), de treinta mil escudos para mí.» Recibía la promesa de seis mil (9); pero se guardaba de ser exigente porque tenía en su provincia un rival temible en el arte de atraer á sí las subvenciones de España, el jóven Lansac.

No merece Lansac que se le olvide al tratar de esta gente. Era hijo de un cumplido caballero de la Orden, que había sido confidente de Catalina de Médicis y embajador de Francia. Probablemente había sabido por su padre los proyectos de la expedición á las Azores, y los reveló con su cuenta y razón á España. Ahora se precia de este antiguo servicio, recuerda haber contribuido por su parte al desastre de la armada francesa y suplica á Felipe II tenga á bien enviar á Burdeos un cuerpo de ejército, respondiendo de la conquista de todo el delta del Garona (10). Todavía, al cabo de algunas semanas, tiene pensamientos mucho más vastos;

(4) Ms. Arch. nac. K. 1584, piezas 81 á 86.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 67, de Nantes, 12 enero 1591.

(6) *Ibid.* K. 1575, pág. 52.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 9 y 10.

(8) *Ibid.* K. 1583, pág. 9.

(9) A lo ménos puede inducirse de una nota puesta en Madrid al márgen de una carta de Saint Pol. Este da las gracias por 6000 escudos que ha recibido, y el empleado de Madrid, que lee mal la firma, cree que la carta es, no de Saint Pol, sino de Villars; de lo cual se deduce que otra tanta cantidad había sido remitida á Villars. — Savoie, K. 1582, pág. 89.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1580, p. 27 á 36.

obtiene de Maldonado (1) una carta de recomendación y parte para Madrid. Acumula memorias, importuna á los empleados, denuncia propiedades retenidas en manos de ingleses y propone que se confisquen en su provecho; designa en Madrid una casa que debería alquilar para él Felipe II, llevará allá á su mujer y ya nada podrá separarla del rey á quien adora. ¿Qué servicios ofrece este intrigante para que el secretario Don Luis de Zúñiga (2) proponga, en efecto, que se alquile la casa y vaya allá la mujer de Lansac? Nada más fácil con el sistema de Lansac que conquistar á Francia, no ya sólo á Francia, sino también á Inglaterra y Holanda. Todas ellas tendrían que rendirse á discreción de Felipe II, ó perecer.—Se os pondera, dice (3), al genovés Cristóbal Colon, que no dió al fin más que desiertos; yo ofrezco países ricos y poblados.—Este maravilloso secreto consistía simplemente en ocupar todas las salinas. Por espacio de un año entero Felipe II y sus empleados escuchan al majadero. «Hay que tomar las salinas para tener despues en nuestras manos la vida de todos los franceses. V. M. podría así dar y quitar la vida á quien quisiera.» Privados de sal los ingleses, no podrían abastecer sus navíos para largas navegaciones; sus marinos vendrán de suyo á entregarse por un puñado de sal. Es fácil ocupar la costa desde la Gironda hasta la península de Morbihan: por cien mil escudos se corrompería al gobernador de Brouage: «yo me encargo, decia, de Bourgneuf y del Croisic;» se tendría á Brest por otros cien mil. Él ya ha recorrido la Bretaña y preparado tráfico (4). Por el momento no se cuida más que de su propia persona, pero la entrega sin condicion. «Y se obliga por juramento (5) y promete solemnemente de tener para siempre de aquí adelante á V. M. por su rey legítimo, y vivir y morir en su solo servicio.» Pero lo olvida todo en Madrid y no le advierte á tiempo su hermano el obispo de Comminges, tan inquieto y tan español como él (6), los acontecimientos que ocurren en Francia.

Otra de las hechuras de Catalina de Médicis se daba también á un juego odioso. Balagny, colocado por ella en Cambrai, estaba domi-

nado por su mujer Renata de Clermont «que tenía más talento y valor que él» (7). A ella fué á quien se dirigió el comendador Moreo para comprar, por precio de doce mil ducados mensuales, la alianza de Cambrai (8); pero la Balagny, en vez de consagrar estos fondos á mantener una guarnicion, escondía los ducados en los subterráneos de la ciudadela y se divertía humillando á los burgueses (9).

La mayor parte de las otras subvenciones no eran mucho más útiles: Bassompierre mostraba muy buena voluntad llevando noticias á Bernardino de Mendoza y conservando la ciudad de Soissons; pero pretendía que se le remunerara (10). El nieto de Montluc perdía el tiempo en el sitio de Domme en Perigord y escribía á Felipe II (11): «El difunto señor de Montluc, mariscal de Francia, mi abuelo, no negó nunca los favores que había recibido de V. M. de quien se llamaba francamente servidor, y me dejó esta adhesión por herencia.»

Aturdido por tantos pretendientes, comenzaba ya Felipe II á desconocer entre ellos á los suyos y envolvía á todos estos franceses en la misma desdeñosa indiferencia. Cuando se le escribe que el mariscal de Rosne ha tomado los castillos de Montmorency y Ecouen, olvida que Rosne es el único hombre de talento de su partido y pone al márgen del escrito: «No se entiende bien de qué parte es este, mas debe ser de la de los hereges» (12). Y cuando se le habla del más violento español que hubo jamás entre los franceses, el cardenal Pellevé, escribe (13): «Dígame quién es este cardenal, que no cayó en él; no sé si es el de Sens.» Así, estos hombres que le consagran su vida y honor, que le entregan sus corazones hasta el punto de morir, como Pellevé, al verle definitivamente excluido, son desconocidos por su amo, que ignora si son amigos ó enemigos.

Sus marinos tienen mejor criterio: apresan los navíos de Saint Malo en la época en que Saint Malo pertenece á España (14); apresan, igualmente, en Gibraltar tres barcos de comerciantes de Lyon, cuando Lyon está en poder de la Liga, los barcos de los señores Martin y Juan

(7) La Huguerye, t. III, p. 342.

(8) «Ganando á este hombre y á su mujer que le gobernaba.»

(9) Sobre la dominación de Balagny en Cambrai, véase fond. Dupuy, vol. 191; fond. franc. núm. 3399, 3584, 20474, 20560; y fond. Colbert, vol. 337.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1595, pág. 94, de febrero 1591.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 83.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1569, p. 157.

(13) *Ibid.* K. 1582, p. 85.

(14) *Ibid.* K. 1578, p. 139 á 142, de setiembre 1592.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 115, de marzo 1591.
 (2) *Ibid.* K. 1580, p. 57. En realidad, Lansac recibe en Madrid 9000 escudos en dos veces.
 (3) *Ibid.* pág. 42 á 57.
 (4) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 65.
 (5) *Ibid.* K. 1580, p. 56.
 (6) *Ibid.* K. 1584, p. 53 á 56.

Les-Conets, personajes, escribe Mayena (1) en una reclamación lamentable, «que tienen mucho poder en las ciudades de Lyon y Marsella, donde están en primer lugar.» ¡Siniestros avisos de la suerte reservada á Francia, si no se defiende!

Fuera de esto, ni los mismos agentes españoles recibían contestación ni dinero: parecía que se les olvidaba también ó confundía. Cada provincia tenía su pagador español, cada gobernador su vigilante, cada corresponsal su cifra. La multiplicidad de las ruedas de esta máquina era tal y tanta, que es de excusar á Felipe haberse perdido en ella á veces, pues acaso la conocemos hoy mejor que él mismo. Fray Mateo de Aguirre se comunicaba con agentes, como Tassis, que había gastado cuatrocientos cuarenta mil escudos de oro antes del año 1590 (2); Gabriel de Alegría, el antiguo pagador del duque de Guisa; Gabriel de San Estéban, el pagador general (3); Diego Maldonado, Mendo de Ledesma (4) y otros muchos. El dinero rebosaba en todas las manos; ya el banquero Agustino Spinola volvía á suspender los anticipos (5), ya los pagadores españoles dejaban de percibir sus asignaciones y se lamentaban de su miseria, no pudiendo pagar los correos ni aun satisfacer sus primeras necesidades (6).

Pasaban los días cifrando ó descifrando despachos (7) ó haciendo reaparecer los caracteres trazados con tinta simpática (8); todos ellos eran crédulos y prolijos en sus correspondencias; pero habían sabido muy sutilmente discernir los dos únicos hombres de mérito de la Liga, Rosne y Saint Pol.

Cristian de Savigny, baron de Rosne, había nacido en el ducado de Bar, y fué enviado á Paris por el duque de Lorena en 1588 para derribar á Enrique III. Despues de haber orga-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 58, de octubre 1592.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 102.

(3) *Ibid.* K. 1584, p. 1.

(4) *Ibid.* K. 1577, p. 13.

(5) *Ibid.* K. 1569, p. 14.

(6) *Ibid.* K. 1577, p. 127 y 128.

(7) Se conservan muchas de estas cifras y pueden leerse los despachos que sin ellas serían ininteligibles. Véanse principalmente:

K. 1579, p. 7, la cifra del duque de Guisa: a se representa por 44

b » » 41

c » » 33

d » » 90

e » » 20

f » » 77

K. 1566, p. 11, cifra de Bernardino de Mendoza; ba, es 10; be, 11; bi, 12; bo, 13.

K. 1570, p. 120, cifra de David, agente de pseudónimo: a, es 7; b, es 4; c, es 0.

K. 1572, p. 12; cifra desconocida que da un carácter para cada letra y añade: «Hay hombres tan prácticos que saben en continente hallar la inteligencia de las cifras.» Se han de interponer entre las palabras, caracteres que no tengan ningún valor, pero que sirven para interrumpir y embrollar.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 30.

nizado con los albaneses la jornada de las Baricadas, se entregó al duque de Guisa y luégo á Felipe II. Mayena le hizo mariscal de Francia y gobernador de la isla de Francia. Rosne no era francés y tenía el derecho de combatir á Enrique IV. Luchó contra él con talento y en vez de venderse á él como tantos otros, morirá con las armas en la mano.

El aventurero que se hacía llamar Saint Pol parece ser también natural de Lorena: fué mucho tiempo soldado; luégo jefe de partidas, y se hizo en fin príncipe de Rethelois y gobernador de Reims. Este advenedizo gustaba á la democracia de la Liga; recibió por orden de Alejandro Farnesio ciento sesenta y dos mil escudos en dos años (9); despues continuó cobrando seis mil escudos mensuales por conducto de Zomet (10) hasta que el jóven duque de Guisa le mató en un acceso de cólera. «Prometo, decia (11), no reconocer á otro que S. M. por mi superior y no sujetarme jamás á las leyes de un rey hereje... con tal condicion que S. M. me dará diez mil escudos cada mes.»

En cuanto al duque de Mayena, estaba considerado por todos los partidos como incapaz. «La floxedad é inconsideración que tenía en cuanto ponía mano, escribía Mendoza (12), y con quanto rota desperdiciaba el dinero,» deben quitar toda confianza en él. Y como por otra parte no disimulaba sus pretensiones personales á la corona, ni su ambición, tan grande que no quería ver cerca de sí otros príncipes de su casa (13), los agentes de Felipe II se propusieron tenerlo á raya reemplazándole con un general español como Mondragon (14).

Si el menor sentimiento nacional y no la ilusión de un miserable orgullo, hubiera inspirado á Mayena, podía tenerse en cuenta este desfavor y desconfianza. Pero nadie era más obsequioso que él para con Felipe II, ni nadie más pediguéño. No se contentaba con pedir siempre dinero; quiso lisonjear también al rey de España, suplicándole tuviera á bien enviarle á Ruan carmelitas descalzas (15); grave torpeza, porque Felipe no gustaba de que fueran las mujeres á un país herético, aun cuando pertenecieran á una orden austera. Muy luégo comprendió

(9) De diciembre 1590 á diciembre 1592. Véase K. 1584, p. 1, 58 á 61.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 89.

(11) *Ibid.* K. 1583, p. 3.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 159. Esta carta debe ser del 31 de diciembre 1591.

(13) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 341.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 50 y siguientes.

(15) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 14, del 12 de julio 1591.